

Copa 3 (1-1)

Memorias y desmemorias



Por
Jorge Edwards

Nos olvidamos de las cosas con gran facilidad. Tenemos una memoria frágil. Los países sólidos, de niveles altos en todos los terrenos, en la economía, en la ciencia, en la cultura, saben que el pasado es una fuente de enseñanzas. Saben que sirve, por encima de todo, para no repetir los errores, para progresar en forma segura. Nosotros, con nuestra distracción, con una sensibilidad histórica que tuvimos alguna vez y que se nos ha extraviado, desdenamos aquello que en realidad ignoramos. Un corresponsal de Viña del Mar, persona mayor, amable, cultivada, a quien sospecho que he conocido en alguna vuelta de la vida, me manda un artículo de un académico francés sobre gente que circulaba en el París de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Me lo manda porque ha observado, con gran sorpresa, que ahí se menciona de pasada a Alberto Blest Gana, el novelista de Martín Rivas, de Los trasplantedos, de Durante la Reconquista. A mí me entretiene la crónica francesa, obra de monsieur Chastenet, pero no me sorprende tanto. He seguido la pista de Blest Gana desde hace muy largos años. Uno de mis profesores del San Ignacio, en tiempos remotos, de adolescencia, me encargó que le hiciera una disertación al curso sobre la obra de don Alberto. Agradezco ese encargo hasta el día de hoy. Me obligó a sumergirme en novelas y novelones, en una biografía de Raúl Silva Castro, en toda clase de papeles. Cuando llegó el momento de hacer mi exposición a la clase, me conocía el tema de memoria y dejé todos los papeles a un lado.

En un país serio, dotado de niveles de educación aceptables, se conocerá a fondo, en todos sus detalles, la vida de un autor equivalente a Blest Gana, es decir, la de un clásico nacional. Supongo que nosotros sabemos algo e ignoramos mucho. Ahora, cuando se debate sobre la calidad de nuestra diplomacia, me voy a limitar a decir tres o cuatro cosas acerca de Blest Gana como Ministro de Chile en Francia y en muchos otros países de Europa. Blest Gana, que había nacido en Chile en 1830, llegó a París en 1870, poco después de la caída de Napoleón III, cuando la ciudad estaba ocupada por las fuerzas de la Comuna, y optó por instalarse en las primeras semanas en Versalles. Se sabe que llevaba los borradores de Durante la Reconquista, la gruesa novela ambientada en el Chile de después de la batalla de Rancagua, el de Casimiro Marcó del Pont, amarrados a una cinta de seda. Pensaba que podría continuar su trabajo durante los ratos libres que le dejaría su misión diplomática, pero la verdad es que no escribió una sola línea durante los 16 o 17 años que duró en el cargo. Se sabe, también, que al día siguiente de ser destituido por el régimen del Presidente Balmaceda, desanudó la cinta y reanudó la tarea diaria de la escritura. Es una advertencia para todos los escritores que se meten en labores diplomáticas. A mí el detalle me dejó pensativo muchas veces. Creo que Antonio Skármeta también debería reflexionar. Muchos escritores han sido grandes diplomáticos, pero a condición de dejar la literatura en suspenso.

Alberto Blest Gana estuvo acreditado en Francia, Ingla-

terra, Alemania y la Santa Sede. No sé si dejó algún país en el tintero. He visto cartas suyas en el Archivo Nacional en las que habla de envíos de uniformes para el ejército y de muchos otros temas de abastecimiento del país y de relaciones comerciales. Son misivas amplias y minuciosas, propias de un funcionario aplicado. Una vez, registrando papeles en uno de los armarios de la mansión de la Motte-Picquet, encontré una letra de cambio amarillenta firmada por don Alberto en nombre de Chile. En los años de la guerra del Pacífico, Blest Gana corrió de una capital europea a la otra para frenar los envíos de armamento al Perú. Llegó hasta Turquía, hasta los territorios de la Puerta Otomana,

como se decía entonces, y consiguió evitar que le vendieran un acorazado turco a la marina peruana. En una de aquellas correrías se dio vuelta en su coche y quedó malherido. Según Silva Castro, la actividad intensa de Blest Gana tuvo un peso importante en el resultado final del conflicto bélico. Puede que esta curiosa afirmación no sea del todo equivocada. La diplomacia de entonces gravitaba mucho más en los verdaderos intereses de los Estados. Además, todo indica que Blest Gana consiguió una entrada enorme, fuera de proporciones con el tamaño del país que representaba, en los más diversos medios del Viejo Mundo. Llegó a codearse con gente de mundo, con periodistas e intelectuales influyentes, con grandes personalidades de la vida política. Alguien debería escribir una gran biografía moderna de nuestro novelista clásico. Sería instructiva para todos nosotros. Y serviría para intervenir en el debate sobre la diplomacia actual. Después de alrededor de 16 años dedicados al Servicio Exterior, trato de pasar lo menos posible por las embajadas. Casi siempre me encuentro con recintos tristes, decorados con un gusto dudoso, donde los embajadores se dedican a atender a los chilenos de paso y se reúnen de vez en cuando con sus colegas de América Latina. Casi siempre da la impresión de que conocen poco el país donde están acreditados y de que no les importa nada. Hay, desde luego, honrosas excepciones. Cuando regresé de Europa, hace poco, Carlos Klammer, nuestro embajador en Montevideo, me organizó un programa notable. No me pareció una mera coincidencia el hecho de que él sea funcionario de carrera. La diplomacia, como lo descubrió pronto Blest Gana, es una profesión, y está lejos de ser una profesión fácil. Algunos de los designados a dedo lo descubren a tiempo; otros no lo descubren nunca.

A menudo me preguntan por Neruda en la diplomacia. ¿Era un poeta extraviado en las embajadas o un diplomático de verdad? Yo era de carrera a comienzos de los setenta y él, viejo amigo, insistió mucho para que lo acompañara cuando fue nombrado en París. Por mi parte, no estaba demasiado convencido. Sabía que Neruda ya estaba enfermo y que su misión en Francia, en los tiempos de la Unidad Popular, sería endiabladamente complicada. Fue todavía más complicada de lo previsto, ya que nos tocó la renegociación de la deuda externa por el llamado Club de

París, el Club de nuestros acreedores, y porque una partida de cobre de El Teniente fue embargada, a pedido de las compañías norteamericanas, por un tribunal francés.

A propósito del embargo, Neruda hizo una gestión frente al presidente Pompidou que debería ser estudiada por los jóvenes aspirantes en la Academia Andrés Bello. En Francia existía la idea difundida de que los principales compradores de nuestro cobre eran los países del Este. El embargo francés, de acuerdo con esto, no debía perjudicarnos demasiado. Pablo Neruda partió a conversar con Georges Pompidou, que había sido profesor de letras en su juventud, armado de un ejemplar de la traducción francesa, recién aparecida en aquellos días, de Cien años de soledad. Hablaron un rato de literatura y el poeta y embajador planteó en seguida el grave problema del embargo. Si Chile no podía vender su cobre en Europa Occidental, todo el país estaba condenado a morirse de hambre. "Yo sé", comentó Pompidou, "desde los tiempos en que trabajaba en sectores financieros privados, que el cobre chileno es sumamente apreciado por los industriales franceses. Ahora bien, como usted comprenderá, el poder judicial es independiente del ejecutivo en nuestro país y no estoy en condiciones de intervenir. Pero veré qué puedo hacer."

El presidente francés no podía intervenir ante el Tribunal de Gran Instancia de París, el que había ordenado el embargo de nuestro cobre, pero algo hizo, de hecho, y el embargo, con una resolución judicial ambigua, fue levantado pocas semanas después. En algunos sectores se dijo que al conversar con el presidente Pompidou y con el Tribunal habíamos renunciado a la inmunidad de jurisdicción que invocaba Chile, con menoscabo de nuestra soberanía. Era, un argumento perfectamente absurdo. "La soberanía consiste en poder vender el cobre en todos lados", protestaba Neruda: "pero allá en Santiago hacen una manifestación, desfilan frente a La Moneda, y después se vuelven a sus casas muy tranquilos, como si la batalla hubiera sido ganada."

Neruda era un embajador nervioso, escrupuloso, pero que se desesperaba de aburrimiento encerrado en su oficina de la Motte-Picquet. Una de sus distracciones consistía en mirar con un telescopio de aficionado, adquirido en los almacenes de Printemps, los detalles dorados de la cúpula de los Inválidos. A su embajada, sin embargo, llegaba tanta o más gente que a la legación de Blest Gana. Ahí vi muchas veces a Maurice Schuman, ministro de tendencia gaullista; a Edgar Faure, ex Primer Ministro y en aquellos años presidente de la Asamblea; a Mitterrand, entonces Primer Secretario del Partido Socialista; a Louis Aragon y Jean Louis Barrault, a los dirigentes comunistas más importantes, además de grandes personalidades que llegaban de América Latina, de Europa del Este, de Inglaterra y España, de todos lados. Era una misión brillante, y el sacrificio era altísimo. Neruda consiguió escribir algunos poemas en las madrugadas, y otros en el asiento del lado del chofer, durante los largos atascos de tráfico de los días de lluvia. Después me confesó que tenía la sensación de haber perdido dos años de su vida en aquel "mausoleo" oficial.

